

REDESCUBRIR Y VIVIR LA CUARESMA

1.- La Cuaresma, ¿tiempo de pesadumbre?

La Cuaresma para muchas personas, parece que sea un tiempo de tristeza, de depresión, de privaciones impuestas. Lo sorprendente es que no sólo suele verse así por quienes están alejados de la comunidad cristiana, sino que también con frecuencia desde dentro de ella tendemos a considerarla de esta manera. No la vemos como un tiempo de ilusión esperanzada como el Adviento, por ejemplo. Sino como un paréntesis sin horizonte. Aunque admitamos que es importante para la vida del cristiano, nos cuesta entender el sentido hondo de esta importancia.

Por eso, la apuesta, es descubrir la Cuaresma.

Lo fundamental para vivir, para celebrar, también para ayudar a celebrar estas semanas cuaresmales, es borrar y superar esta deficiente comprensión. Y descubrir que es todo lo contrario. Que no es un tiempo cerrado en sí mismo sino abierto a la Pascua, que no es un paréntesis sino un camino. Que si se nos pide un esfuerzo es para abrimos más radicalmente a la gran alegría de lo que expresa la Pascua: **el amor sin límites, salvador y renovador, de Dios**. Es verdad que es un tiempo de penitencia; pero esto no significa propiamente imponerse castigos sino convertirse, es decir, abrirse a la gran verdad, al gran amor, a la gran esperanza que es Dios, el Padre que nos ha revelado y comunicado Jesús, quiere vivir en nosotros por su Espíritu.

Por eso, no es de extrañar que el prefacio primero de Cuaresma nos hable de lo que la define: **el anhelo de la celebración de la Pascua**. La Cuaresma tiene, pues, razón de inicio de encaminamiento a la Pascua. Su misión es la de una preparación que ya anticipa y saborea progresivamente los bienes pascuales, algo que nos causa alegría y nos pide conversión de corazón. Que nos pide abrimos más, mucho más, al amor de Dios y al servicio de los hermanos. Y cuya meta es avanzar en la comunión filial con Dios, un camino que se basa y se expresa en la celebración de los sacramentos que dan vida nueva.

...Concedes a tus hijos anhelar, año tras año, la celebración de la Pascua, con alegría y conversión de corazón. Para que, dedicados con mayor entrega a la oración y al servicio de los hermanos, lleguemos a ser con mayor plenitud hijos tuyos con la celebración de los sacramentos que nos dan nueva vida. (Según el prefacio I de Cuaresma)

2.- La historia de la Cuaresma

Inicialmente los cristianos sólo tenían una fiesta: **el domingo**, día en que se reunían para celebrar la Eucaristía. Era la conmemoración -el memorial- semanal de la

Pascua del Señor. No como un simple recuerdo sino como algo actual que daba sentido y fuerza a su fe.

Luego, pronto, las diversas comunidades cristianas coincidieron en el deseo de celebrar un día al año, con especial solemnidad, **la Pascua**. Más o menos, en los días de la muerte y resurrección de Jesús. La gran celebración anual de la Pascua suscitó una preparación (inicialmente lo que ahora denominamos Viernes y Sábado Santo). Luego fue una semana, pronto tres semanas, después cuarenta días. Siempre con esta significación central: **tiempo de preparación para la Pascua y para todo el tiempo pascual** (si la preparación, el tiempo cuaresmal, dura cuarenta días, la celebración, el tiempo pascual, se alarga a cincuenta días: incluso en la duración se ve qué es más importante).

¿Por qué se concretó en cuarenta días? Cuarenta es un número simbólico en la Biblia. Está muy presente en los libros del Antiguo Testamento, cuarenta días duró el diluvio, cuarenta años anduvo el pueblo judío por el desierto en el éxodo. Pero, sobre todo, influyó la narración evangélica sobre los cuarenta días que Jesús vivió en el desierto, en oración, ayuno y lucha contra las tentaciones, antes de iniciar su anuncio de la Buena Noticia. No lo escogió en vano, sino en contraposición a las tentaciones del éxodo.

En la **Edad Media**, este sentido de preparación exigente pero también gozosa, se redujo en buena parte al aspecto penitencial: ayuno, privaciones, etc. Ello ocasionó que se adelantara su inicio del primer domingo de Cuaresma al miércoles anterior, el actual Miércoles de Ceniza, para que fueran realmente cuarenta días de ayuno.

Conviene tener en cuenta **dos aspectos más**:

Uno que la Cuaresma coincidía en los primeros siglos con el tiempo de más **intensa preparación de los adultos que se bautizarían en la Vigilia Pascual** (los catecúmenos).

El otro es que eran las semanas en que los entonces denominados "**pecadores públicos**" -los que por algunos graves pecados habían sido excluidos de la comunión- se preparaban para su **reconciliación** en la celebración comunitaria de la penitencia del Jueves Santo.

3.- Las tres etapas de la Cuaresma

La Palabra de Dios que la Iglesia nos propone para la Cuaresma nos ayuda a descubrir **tres etapas** en este camino hacia la Pascua.

Prólogo

El Miércoles de Ceniza y los tres días antes del primer domingo. Es un ponernos en sintonía con la llamada a la conversión, a la transformación que significa el camino cuaresmal hacia la Pascua.

Primera etapa: domingos primero y segundo

Se ofrece en esta primera etapa el sentido global de la Cuaresma, ayudándonos a poner el acento en la renovación personal. Se ha querido en esta primera etapa

conservar el tema de la Cuarentena y de la Transfiguración. La fidelidad de Cristo en el desierto, opuesta a la infidelidad de Israel, es su legado a la cuarentena de la Iglesia.

La *Transfiguración* es la meta hacia la que se dirige nuestro esfuerzo cuaresmal, la glorificación pascual, con la decisiva indicación del Padre: "Este es mi Hijo amado: Escuchadle".

Segunda etapa: semanas tercera, cuarta y quinta

En estas tres semanas predominan los temas catequéticos bautismales. Se trata de ayudar a tomar conciencia de lo que significa estar bautizado y prepararse para renovar ese compromiso en la Pascua.

Tercera etapa: domingo de la Pasión o de Ramos

Es la entrada en la gran semana que tiene como centro la acentuación del Misterio Pascual de Cristo, realizado a través de la Pasión y crucifixión.

4.- Los grandes temas cuaresmales

La preparación a la Pascua viene dada por la obediencia a la Palabra. Ella presenta una buena catequesis sobre los grandes temas que hay que redescubrir constantemente y que la Cuaresma nos ofrece.

Pascua

El misterio de Cristo Salvador y del cristiano salvado, aparecen profundamente relacionados. Cristo, muerto según la carne, una vez por todas, para llevarnos a Dios (1 Pe. 3, 18), es el centro de la fe salvadora. Es creyendo que Dios ha resucitado al Señor Jesús, como uno se convierte en salvado. Se nos invita a renovarnos ante la manifestación de Jesucristo que destruye la muerte y hace resplandecer la vida y la inmortalidad.

Una vez muerto y resucitado, nos justifica e intercede por nosotros hasta llegar al punto en que nuestro pobre cuerpo sea transformado a semejanza de su cuerpo glorioso. Su transfiguración es una prenda de todo ello. Esta es la hora de la glorificación del Hijo del Hombre. Ha manifestado su obediencia filial al Padre y con su glorificación somete a todo el universo, el del cielo, el de la tierra y el del abismo.

El siervo que da la vida por sus hermanos, es identificado con Cristo. De hecho, Dios nos demuestra el amor que tiene para con nosotros, porque, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros.

Sacramentos

Más allá de los tres grandes evangelios de signo bautismal, encontramos en la Cuaresma todo el progreso alentado por los sacramentos que nos conducen a ser cristianos más acabados. Se encuentran ya en la bella imagen de la ofrenda de las primicias en la tierra prometida. El sacrificio de Isaac será símbolo del banquete futuro.

Se entra en este pueblo por medio del Bautismo, que es un compromiso con Dios, por la resurrección de Jesucristo. De todos modos, no basta con celebrar externamente estos sacramentos. No puede olvidarse que lo que aconteció a los padres era signo de la realidad futura. Dios no se complació en todos ellos, a pesar de que la totalidad había sido bautizada en la nube y en el mar y había tomado el mismo alimento.

Desierto

Sacados de Egipto, los padres fueron conducidos a la tierra de la leche y la miel, a través del desierto. En él tienen lugar los acontecimientos salvíficos más importantes para el pueblo: Pascua, Alianza. En él la experiencia de Dios se hace progresivamente más sensible, como el hecho del agua en Meribá: Ex. 17, 3-7. Y, sobre todo, el pueblo recibe el gran don de la Palabra, que en adelante le será familiar, en el Decálogo del Sinaí: Ex. 20, 1-17.

Cristo quiere ofrecer el desierto del pueblo de Dios, a través del suyo, al nuevo Pueblo. A partir de este momento disponemos del desierto de la absoluta fidelidad a Dios, aunque en él no ha faltado la prueba. La Iglesia sabe ya cómo debe caminar. De todos modos, para no caer, la contemplación de la Palabra, la disponibilidad para con Dios y la ascesis generosa vienen exigidas por el hecho de tener que atravesar el desierto, delante del cual marcha Cristo.

Alianza

El cristiano es un hombre familiarizado con esta palabra. Su fe la recibió en la Antigua y Nueva Alianza donde escucha a Dios. El acontecimiento del Sinaí preparaba la nueva y eterna Alianza. De ahí la importancia de la primera, que tenía necesidad ella misma, de ser significada. El primer signo que de ella aparece es bien elocuente: es el arco que quiere significar el don gratuito de la amistad que Dios ofrece a Noé cuando todo renace: Gn. 9, 12.

Él será precisamente el Dios de los padres, por el hecho de las promesas gratuitas que hará al padre del pueblo. Así nace la alianza con Abrahán prometiéndole a él y a su descendencia el país de Canaán: Gn. 15, 18. Cuando esta promesa se haya cumplido, Dios anunciará más allá de la figura, con el lenguaje profético, la Alianza de los tiempos mesiánicos. Su pueblo va a recibir un espíritu nuevo y será reconducido al Israel reconstruido, porque se habrá terminado la esclavitud. Los días en que Dios va a concluir una nueva alianza con la casa de Israel y de Judá, se van acercando.

Conversión

Esta llamada que Dios dirige a todos está expresada de muchas maneras, particularmente durante este tiempo. Podría sintetizarse diciendo que es una invitación a una comunión más estrecha en su vida.

Los caminos para conseguirla son también diversos, pero siempre queda claro que primordialmente se trata de un don suyo. A pesar de que Dios se muestra compasivo y envía mensajeros a su pueblo, éste no les hace caso y finalmente es castigado con el exilio de Babilonia: 2Cr. 36, 16. Cuando el hombre se encuentra bien dispuesto, Dios le ofrece cambiar su espíritu por uno nuevo: Ez 37, 14.

La manifestación de Jesucristo es una llamada a la conversión. Conversión que significa un modo de vivir diferente de los que sólo aprecian las cosas de la tierra. Esto

es posible gracias a la justificación por la fe en nuestro Señor Jesucristo. Si la justificación es obra de la fe, ésta exige portarse como hijos de la luz. Transformados por Él en criaturas nuevas, debemos vivir para aquél que por nosotros murió y resucitó: 2Cor. 5, 15.

Llevar a término esta conversión es difícil, puesto que para dar fruto, se debe morir del mismo modo que muere el gran de trigo. De todos modos, Cristo se presenta como el gran misericordioso con la oveja perdida, con el hijo pródigo: Lc. 15. El mismo que dijo a la adúltera: tampoco yo te condeno, nos dice a todos: no peques más: Jn. 8, 11.

5.- Priorizar los fines, valorar los medios

Se dice, con frecuencia, que lo característico de estas semanas es la **limosna**, la **oración** y el **ayuno**, practicados según enseñó Jesús. Y es verdad, pero no la verdad más honda. Porque limosna, oración y ayuno están en el nivel de los **medios** y, en la vida cristiana, lo más importante no son los medios sino los fines. Los medios deben ser camino hacia los fines.

Por eso, con razón la oración colecta del primer domingo cuaresmal nos señala el **fin**, el proyecto y desafío básico de estas semanas: **avanzar**. ¿Avanzar en qué? En inteligencia -en conocimiento hondo- y en vida. Como si fuéramos aquellos antiguos catecúmenos que se preparaban para recibir la gracia renovadora del bautismo, también nosotros debemos profundizar en lo que significa nuestro bautismo -nuestro estar sumergidos e injertados en la muerte y resurrección del Señor- y sacar consecuencias para nuestra vida.

Dicho de otro modo: avanzar en nuestro conocimiento vivencial del Señor Jesús, avanzar en nuestro modo vivir su Evangelio cada día, sobre todo en nuestra relación con los demás. Así, priorizando los fines, hallaremos el sentido de los medios.

1. La limosna

Es dar de lo nuestro a quien lo necesite. Dar dinero. Dar tiempo (visitar enfermos, personas que viven en soledad, trabajar en servicios de voluntariado, de acción social o eclesial). Y, también, no en último lugar, preguntarnos si no deberíamos actuar solidariamente en alguna tarea que ayude a construir una sociedad mejor, más justa y fraternal.

2. La oración

Es vivir con más intensidad personal la relación con Dios. Es buscar momentos tranquilos para la oración. Momentos cotidianos y también algún día de retiro, de abrir puertas al silencio, a la revisión, a la sosegada escucha de lo que Dios nos dice y pide. Y, siempre, no limitándonos a lo que nos sale de dentro, sino muy atentos a la Palabra de Dios.

3. El ayuno

Significa adquirir libertad, no dejarnos atenazar por gustos y hábitos. Ayuno es también ahorro para dar; ahorro también de gastos evitables para dar a los necesitados, ahorro de tiempo para nosotros y así poder dedicarlo a los demás, o a la oración.

6.- Eucaristía, Bautismo, Penitencia

Sin duda, lo decisivo es darnos cuenta que el protagonista en la Cuaresma no somos nosotros y nuestros esfuerzos. Sino Dios: **la acción de Dios en nosotros, su Palabra que nos guía, su vida, su fuerza, su amor que se expresa y comunica en la Eucaristía y demás sacramentos.**

Por ello, ya que la Cuaresma es acción de Dios, ya que es el camino que hace con nosotros Jesús, que inspira y promueve su Espíritu, estas semanas son también no sólo un reto individual sino comunitario. Es toda la Iglesia como comunión de los cristianos, es cada comunidad, la que está llamada a renovarse, convertirse, ponerse en camino.

Estas claves para entender la Cuaresma, tiempo de acción de Dios, tiempo de renovación comunitaria, explican que sea por ello un tiempo sacramental. Es decir, en que la celebración de la Eucaristía y la valoración de los sacramentos, sobre todo el bautismo y de la penitencia, debe adquirir una relevancia primordial.

1. La Eucaristía

Como siempre en la vida cristiana, el centro celebrativo es la Eucaristía. Quizá más que en ningún otro tiempo litúrgico, *las lecturas bíblicas* de los domingos adquieren una importancia luminosa para guiar nuestro reto de avanzar por el camino de iluminación y renovación que nos conduce a la Pascua del Señor y nuestra.

Son celebraciones con una cierta *austeridad*, en las que conviene subrayar el *acto penitencial*, *la oración universal* que incluya alguna petición por los pecadores necesitados de conversión. Si *la Cruz* preside siempre la Eucaristía, en este tiempo debe notarse más: la Cruz es el signo paradójico pero nuclear de la Buena Nueva de Jesús, un signo con frecuencia mal comprendido, como si fuera sólo dolor y muerte, cuando es también victoria, amor, solidaridad, como dice el evangelio de Juan: "**habiendo amado, amó hasta al extremo**".

2. El Bautismo

Si estas semanas eran tiempo de preparación para los adultos que celebrarían el bautismo en la Vigilia Pascual, ahora lo son para nosotros: para revivir el sentido de nuestro bautismo. No como algo que sucedió, sino como realidad actual. Más que decir "fuimos bautizados", deberíamos afirmar "**vivimos como bautizados**". O sea, nuestro camino de mujeres y hombres seguidores de Jesús, se basa y se vivifica en el hecho de que estamos sumergidos e injertados en la vida de Dios, comunión de amor máximamente manifestada en la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios.

La Cuaresma es un tiempo privilegiado para vivir esta realidad y vocación bautismal. Para hacerla presente en nuestra cotidianidad, mayormente en nuestra

relación con el Padre y con los demás. Y, así, tendrá sentido la renovación del compromiso bautismal en la noche santa de la Vigilia Pascual.

3. La Penitencia

Pocas cosas caracterizaron tanto a Jesús como su acogida a los pecadores, su generosidad en el perdón, desde la adúltera hasta el "buen" ladrón.

De ahí que nos convenga a todos redescubrir el sacramento de la penitencia, de la Reconciliación, como personal abrazo misericordioso del Padre. Que no se fija tanto en las culpas como quiere ayudarnos a cambiar y progresar, en camino hacia la gran fiesta de comunión que Él convoca. Recordemos la parábola mal llamada del hijo pródigo que más es del Padre de amor sin condiciones.

Desde el inicio de la Cuaresma, esta convocatoria a la reconciliación debe estar presente, también, en las Eucaristías dominicales. Pero específicamente en celebraciones penitenciales, tanto comunitarias como individuales.